

# Introducción

JOSÉ ANTONIO VALDIVIA FUENZALIDA  
*Universidad Adolfo Ibáñez, Facultad de Artes Liberales,  
Departamento de Filosofía (Chile)*

Que los seres humanos quieren cosas es un hecho que plantea una serie de dificultades prácticas. A diferencia de lo que se observa en los demás miembros del género animal, cuyos deseos están fuertemente configurados por su instinto, el deseo humano parece insaciable. Por ende, se vuelve, en primer lugar, necesario buscar maneras que permitan satisfacer semejante deseo. En segundo lugar, se hace urgente buscar maneras de compatibilizar los deseos de los distintos seres humanos por cuanto es inevitable que se vean enfrentados. Ante el primer desafío mencionado, se abren otras cuestiones: ¿es realmente necesario que un ser humano satisfaga todos y cada uno de sus deseos? ¿Conviene que la razón ponga límites a esa insaciabilidad, ya sea estableciendo jerarquías de bienes o simplemente buscando técnicas aptas para calmar o regular la fuerza del querer humano? En lo que atañe al segundo desafío, nos preguntamos: ¿conviene que nos organicemos con el propósito de darnos reglas que diriman los eventuales conflictos que surgirán en virtud de la insaciabilidad de los seres humanos? ¿Qué criterios utilizar para dirimir dichos conflictos? ¿Conviene que las reglas que determinen el modo de funcionar de tal organización incluyan límites al querer humano, ya sea estableciendo jerarquías de bienes o simplemente prohibiendo que ciertos deseos sean satisfechos?

Todas las cuestiones mencionadas han formado parte de las distintas propuestas teóricas que hoy clasificamos dentro de la filosofía práctica, más específicamente dentro de la ética y de la filosofía política. Todas ellas parten del dato fundamental de que los seres humanos queremos muchísimo más de lo que, en la práctica, podríamos conseguir. Por lo mismo, todas estas preguntas se encuentran, de una u otra manera, vinculadas con otra disciplina, a saber, la economía. En efecto, junto a las preguntas mencionadas, la naturaleza de nuestro deseo siempre nos ha empujado a reflexionar acerca de la posibilidad de concebir una técnica racional que permita obtener las cosas que deseamos de manera eficiente, considerando que el objeto de la suma de nuestros deseos es necesariamente escaso por el simple

hecho de no tener límites. No solo eso: lo menos que se puede decir es que nuestra naturaleza nos obliga a administrar el tiempo limitado del que disponemos, nos impone obstáculos derivados de nuestra ubicación en el espacio y, por supuesto, nos constriñe a echar mano con prudencia de nuestra energía corporal. Por ende, nos vemos en la necesidad de administrar el conjunto de medios de que disponemos para obtener eficientemente los bienes que buscamos. Así, la economía, la entendamos como un quehacer práctico o como una disciplina teórica, es, como lo recuerda el filósofo Antonio Millán-Puelles, una «necesidad fundamentada en otras necesidades».<sup>1</sup> Si se nos permite extender el concepto de *necesidad* a cualquier deseo humano, sea este o no legítimo, podemos decir, con el autor español, que frente al hecho de que el ser humano tiene necesidades ilimitadas de diversa índole, se ve obligado a racionalizar las decisiones orientadas a ello, buscando criterios normativos para hacerlo eficientemente.

Pero este propósito específico de la economía no puede desligarse de las preguntas de orden ético y político que hemos planteado. La fuente de las cuestiones de orden específicamente económico entronca inevitablemente con uno de los datos básicos de los debates éticos y políticos que ya hemos mencionado: los seres humanos queremos infinidad de cosas. Por ello, si lo central de la reflexión suscitada por este dato es el ser humano, no podemos resolver los problemas específicamente económicos que apuntan principalmente a los medios más adecuados para obtener cualquier cosa que se presente como objeto de un deseo con total independencia de los problemas éticos y políticos indicados. En efecto, cuando se pretende establecer los medios más eficientes para obtener un bien deseado, habrá naturalmente ciertas limitaciones vinculadas con los efectos que los medios utilizados o la obtención misma del bien puedan generar indirectamente. Por ejemplo, cuando nos preguntamos por la mejor manera de conseguir diversiones, no podemos evitar la cuestión de si es legítimo divertirse por medio de peleas a muerte realizadas por esclavos. Igualmente, cuando nos preguntamos por la mejor manera de obtener la energía a través de la cual pondremos en marcha las máquinas que nos facilitan la vida, es necesario preguntarnos por los efectos que nuestra decisión tendrá en el medio ambiente. Lo cierto es que hay una serie de criterios de orden ético y político que pondrán límites a la decisión ordenada a buscar los medios para satisfacer nuestros deseos y es probable que tales criterios acaben por sacrificar la eficiencia de los medios escogidos. En definitiva, sea cual sea el propósito de lo que llamamos *economía*, tanto a un nivel teórico como práctico, no parece estar desligado de lo ético y de lo político. No solamente porque los resultados de la reflexión específicamente

<sup>1</sup> A. Millán-Puelles (2014): *Economía y libertad*, en *Obras completas*, vol. v, Madrid: Rialp, p. 19.

económica no serán realmente aplicables si no han tenido en cuenta ciertas barreras de orden ético y político, sino porque es incluso discutible el que lo específicamente económico no forme parte, en alguna medida, de estas disciplinas. Adam Smith, por ejemplo, al redactar su *Riqueza de las naciones*, creía estar haciendo filosofía política.

De cualquier forma, lo que se quiere poner de manifiesto con las anteriores consideraciones es que lo económico reclama la solución de una serie de problemas que, en conformidad con la forma en que actualmente dividimos las disciplinas de conocimiento, pertenece a la filosofía práctica. De acuerdo con esto, cualquier pretensión de independizar la economía no podrá eximirse de contrastar sus resultados con las reflexiones filosóficas ordenadas a resolver problemas éticos y políticos de la clase de los que hemos mencionado. Del mismo modo, toda decisión que, tanto a nivel individual como colectivo, pretenda poner en marcha los medios para la obtención de algún bien particular no será una buena decisión si no ha implementado de manera mínimamente aceptable exigencias éticas y políticas. Así, la pregunta por las necesidades propiamente humanas cae dentro de las preguntas que podrían tener algún tipo de vínculo con lo específicamente económico, pues si esto último se ocupa de los medios para obtener los bienes que buscan los distintos seres humanos, cabe preguntarse cuáles de esos bienes se constituyen como auténticas necesidades humanas. Esto último, por su parte, está ligado a otras preguntas típicamente filosóficas: ¿qué clase de bienes son irrenunciables para el ser humano y, por ende, prioritarios dentro del conjunto ilimitado de bienes que este podría desear? ¿Existen dichos bienes irrenunciables y puede haber algo como la *naturaleza humana* que nos permita identificarlos? En relación con lo anterior: ¿cuáles son los límites de la acción que busca obtener eficientemente algún bien deseado, es decir, hasta dónde merece la pena buscar la eficiencia en la obtención de los bienes que deseamos sin sacrificar otros bienes que también deseamos? En síntesis: ¿se puede admitir la existencia de una jerarquía de valores o de necesidades humanas que nos asista en las decisiones orientadas a la mejor manera de disponer los medios para obtener aquellos bienes que las personas deseamos?

Todas las preguntas precedentes nos conducen a la elaboración de modelos de economía política que entreguen criterios normativos a aplicar por las autoridades que buscan alcanzar una *vida buena*.

El presente volumen nace de los trabajos expuestos en las X Jornadas de Filosofía organizadas por el Departamento de Filosofía de la Universidad Adolfo Ibáñez, desarrolladas los días 8 y 9 de agosto de 2018 en Santiago de Chile. Con él se pretende contribuir, desde diferentes perspectivas filosóficas, a las discusiones vinculadas con las dificultades que hemos descrito. Como lo comprobará el mismo

lector, los textos que se ofrecen pueden defender posturas contradictorias. Se ha intentado cubrir varias perspectivas con el propósito de poner en tensión los distintos criterios conceptuales a partir de los cuales es posible resolver la clase de preguntas que hemos planteado. Será tarea de cada lector el resolver dichas tensiones. Nuestro único propósito es entregar un contenido filosófico de calidad que permita ver la complejidad de esta clase de dificultades.

Hemos dividido el libro en tres partes. La primera parte reúne los trabajos de Felipe Schwember y Benjamín Ugalde, que defienden un modelo económico liberal. El primero intenta mostrar, a través de un análisis sutil y crítico de algunos aspectos del pensamiento de Robert Nozick, de qué manera las instituciones que protegen la libertad de mercado presuponen el reconocimiento de la racionalidad de las personas que forman la sociedad. El segundo, por su parte, a través de la exposición del pensamiento de varios autores fundamentales para la tradición filosófica occidental, pretende dar cuenta del origen del concepto de *espontaneidad* que ha sido utilizado por importantes autores liberales como Friedrich Hayek con el fin de explicar la existencia del mercado.

La segunda parte está compuesta por los trabajos de Juan Ormeño y Nicole Darat, quienes, desde una perspectiva inspirada en el pensamiento de Karl Marx, buscan cuestionar varios de los presupuestos conceptuales en los que se funda el liberalismo económico. Juan Ormeño ofrece una reconstrucción de la crítica a la economía política de corte liberal que puede inferirse de varias de las obras de Marx. Su propósito es dar cuenta de las ideas esenciales por medio de las cuales el filósofo alemán intenta demostrar que todos los presupuestos básicos del liberalismo no son más que un producto histórico contingente de las relaciones de producción propias del orden capitalista. Nicole Darat, por la exposición de lo que denomina *economía feminista*, pone de manifiesto un aspecto, muchas veces invisible, de todo proceso productivo, a saber: el orden de la reproducción, consistente en la tarea de «garantizar el cuidado, bienestar y supervivencia de las personas que componen el hogar». Esta tarea que históricamente ha sido asignada al género femenino cumpliría un rol esencial en la regeneración de la fuerza de trabajo y, por ende, sería un eslabón fundamental en el sistema de producción capitalista, esto es, uno de los aspectos en los cuales se manifestaría la oposición del capitalismo a la vida.

Finalmente, la última parte de este volumen contiene el trabajo de Andrés Stark, que propone, a través de la síntesis del pensamiento de varios autores, que buena parte de los problemas económicos serían el resultado de un *déficit moral*. Con ello, se sugiere la necesidad de que las instituciones políticas promuevan activamente ciertos mínimos éticos para remediar dicho déficit.

Este conjunto de trabajos inéditos se ocupa de los problemas filosóficos que los diversos modelos de economía política suscitan adoptando una actitud racional y no ideológica. Desde distintas miradas, en ocasiones abiertamente contrarias, aparecen varios de los elementos conceptuales que toda reflexión filosófica auténtica sobre la economía debiera incluir. Por lo tanto, creemos que este libro se presenta como una contribución real para los debates vinculados a esta clase de cuestiones.